

CONDE DE LOS ANDES

ALGUNOS COMPLEJOS
QUE CONDICIONAN LA POLITICA
DEL MUNDO ACTUAL

Algunos complejos que condicionan la política del mundo actual

por el Académico de número

Excmo. Sr. Conde de los Andes (*)

El tema que voy a desarrollar es el de comentar, brevemente, algunos complejos que condicionan la política del mundo actual; más que la política, al político, que de alguna manera actúe en la vida pública.

El Diccionario de la Academia define, psicológicamente, la palabra “complejo” diciendo que es la “combinación de ideas, tendencias y emociones que permanecen en la subconsciencia, pero que influyen en la personalidad del sujeto y, a veces, determinan su conducta”.

De acuerdo con esta definición voy a discurrir, como he dicho, sobre estos complejos (algunos de los complejos, porque son muchos); voy a discurrir, sobre los complejos de izquierda, el complejo de la juventud, el complejo del socialismo y el complejo de la democracia.

Primero, el complejo de izquierdas.

La valoración actual del término “izquierda” contradice, esencialmente, el sentido tradicional del concepto. Desde los tiempos antiguos la “derecha” significaba acierto, bondad, normalidad, ejemplaridad, destreza; la suma, en fin, de calidades favorables: superioridad, por lo tanto, sobre la izquierda, su antagónica contraria.

Los griegos consideraban favorable el augurio ornitomántico, cuando las aves venían de Levante, es decir, de la derecha.

Con el Cristianismo la identificación de la derecha con el bien abso-

(*) Disertación en Junta del 27 de abril de 1971.

luto y de la izquierda con el mal eterno, es contundente. El día del Juicio Final, los réprobos y malvados estarán a la izquierda y los buenos y justos, a la derecha.

La expresión “entrar con pie derecho” tiene muy antiguo antecedente favorable: las gradas de los templos griegos tenían un número impar de escalones, para escalar la subida con el pie derecho. Lo normal es hacer las cosas a derechas, porque la mano derecha es más diestra. Insesiblemente queda escrito que también en latín “destreza” se identifica con la mano derecha. Igualmente, en francés se dice “adroitement” y en inglés “rightly” para expresar el bien hacer.

Ser zurdo, si es un defecto físico, ciertamente es intrascendente, pero implica obrar de manera sustancialmente distinta de la inmensa mayoría de los hombres.

La estimación política contrapuesta, de los términos “derecha” e “izquierda” como conceptos políticos es, como todos los Señores Académicos saben, relativamente reciente. Tiene escasamente dos siglos de vigencia. La colocación de los miembros de la Asamblea Nacional, durante la Revolución francesa, dio sentido político a las palabras “derecha” e “izquierda”. Como la Revolución francesa, significó la subversión del orden social y político que había imperado en el mundo civilizado hasta entonces, el concepto “izquierda” se identificó con los empeños trastornadores del orden establecido. Hasta entonces, diría José Antonio Primo de Rivera, “los Estados eran ejecutores de misiones históricas, tenían inscrito sobre sus frentes y aun sobre los astros, la Justicia y la Verdad. La verdad política era una entidad permanente”. La razón sustituyó al Decálogo y la voluntad individual a normas permanentes de justicia. Como la secuela de la Convención fue el Terror, en muchas gentes, durante muchos años, el concepto de “izquierda” ha ido unido a las imágenes espeluznantes de los crímenes de la Revolución francesa. Otras revoluciones, como por ejemplo la rusa del comunismo, pintó las mismas estampas con colores y figuras menos anacrónicas. Todo ello contribuyó a que prevaleciese un determinado sentido político de la palabra “izquierda”.

Durante todo el siglo XIX y parte del XX también, la política izquierdista, sobre todo en Francia, Italia y España, tenía un acusado matiz antirreligioso y concretamente anticatólico. Este sello antirreligioso o por lo menos laicista, prevaleció sobre los demás matices implicados en el izquierdismo. La secularización de los cementerios, la campaña contra el Catecismo obligatorio en las escuelas, son botones de muestra

de que también en España, el izquierdismo estaba muy teñido de anticlericalismo.

Tenía también el izquierdismo, en estos tiempos, un sentido reivindicador del sufragio universal, del parlamentarismo y de su supremacía absoluta de poder. Las izquierdas pretendieron también acaparar la defensa de las justas reivindicaciones sociales. La situación de los obreros, ciertamente, alcanzó un grado tristemente dramático, como consecuencia de la revolución industrial. Sin embargo, gracias, sobre todo, a la Encíclica "Rerum Novarum", de León XIII, y sus consecuencias, la defensa de la política social, como hoy se dice, también figuró en el bagaje político de las derechas. Vale la pena recordar que en España fueron gobiernos de derechas, como el de Dato o el del General Primo de Rivera, los que implantaron mejoras tangibles en beneficio de los obreros. Alguna vez he dicho, que Indalecio Prieto militó en el socialismo, más que por su devoción a la mejora de la legislación social, por sus prejuicios anticatólicos. Estos prejuicios, desgraciadamente, impidieron que se lograra el jefe de un laborismo español monárquico. Su honestidad personal, ciertamente no luminosa en otros líderes republicanos, habría servido de peana a su evidente talla política.

En estos últimos años, en los países latinos, sobre todo, el izquierdismo ha venido a constituir más que una categoría de razón un modo de ser. La propaganda a su favor ha sido tan eficaz, que el apelativo de derecha, como condicionante de la conducta, ha llegado a ser peyorativo. Por eso algunos políticos, que por su conducta y su manera de ser, serían dignos de ser considerados como derechistas, se disfrazan como hombres de izquierda, provocando a la vez su incomodidad personal y la risa de las gentes. Existe un complejo de izquierda, complejo que en nuestra patria está, felizmente, muy debilitado por la inercia de la tradición católica y por un sentido familiar afortunadamente, todavía, muy marcado.

Ha tenido mucho éxito editorial en Francia un libro que se llama "El complejo de izquierdas". Sus autores, Jean Plumyene y Raimond la Sierra, destacan como consustantivo del complejo de izquierda, la ruptura con los lazos familiares: en una palabra, la negación de la familia como principio básico social. "Los franceses mataron un día a su padre". Con el regicidio de la plaza de la Concordia, rodaron también las cabezas de todos los padres de Francia. Son palabras de Clemenceau: "el padre de familia es el jefe del culto del altar doméstico, el pontífice permanente que asegura la estabilidad del grupo familiar". Según el libro comentado, las derechas se esfuerzan por restablecer el reinado pa-

terno. A Dios en el cielo, al Rey en el Trono, al padre en el hogar familiar. El hombre de derechas ama la historia, las tradiciones, su Patria, su pueblo natal y los paisajes circundantes, el recuerdo de su infancia... En cambio, el hombre de izquierda reniega de su padre. Son palabras de los autores del libro que estoy comentando, no son mías. "Si no es un bastardo, se comporta como si lo fuera." El testimonio de Juan Pablo Sartre es uno de los muchos que se aducen para apoyar esta tesis. El secreto del bastardo nos lo da Sartre con sus "Palabras", que es uno de sus libros, como los señores Académicos saben. Nos explica que su padre murió cuando él era un niño. Dice Sartre, "afortunadamente, porque si hubiera vivido me habría aplastado". Esta bastardía imaginaria, de adopción, la comparten Jean Borel y Víctor Pilhes. Este en "La Rhubarbe", describe un bastardo agresivo y destructor. Habría que transcribir entero el libro para acumular nombres de autores y textos, como exponentes del complejo de izquierdas.

Jean Lapassade, en "L'entree dans la vie", desarrolla la filosofía del bastardo. Como es un desarraigado quiere debérselo todo a sí mismo. El pasado no cuenta, y la consecuencia lógica es lanzarse, arrolladoramente, en el presente. El izquierdista, bastardo espiritual, es un hombre inmaduro. Como carece de la estabilidad del adulto, se siente inmerso en una juventud exclusivamente llena de vitalidad física. La vida es, por lo tanto, una revolución permanente.

Este inconformismo sustantivo nace de haber renegado del sentido familiar y de la ruptura con la historia.

No pretendo, ciertamente, catalogar a todos los izquierdistas franceses bajo este común denominador de bastardía espiritual proclamada por Sartre, pero sí es importante señalar su existencia y la proyección de su influjo en alguno de los complejos izquierdistas.

El odio al Ejército es uno de los determinantes del complejo de izquierdas. La lógica de su antimilitarismo es evidente, el Ejército supone una afirmación diaria del principio de autoridad; el de jerarquía, el de disciplina de la voluntad, cuyo ejercicio diario es consustancial con su existencia.

Las mismas razones, considerablemente aumentadas, hacen que el complejo de izquierdas lleve a execrar el Catolicismo. De la Curia romana el peor de todos será, sin duda, el Cardenal Ottaviani, defensor fanático de la existencia del pecado original y debelador de la contraccepción.

El izquierdista se identifica con las supuestas víctimas, siempre disculpables. Una sociedad injusta, lleva al asesinato y al robo, aunque

sea estrangulando a una vieja paralítica. Este texto, o muy parecido, lo he leído hace muy poco en la "Hoja del Lunes", por un periodista con mucha fama de buen escritor. Porque el falso mito de la bondad natural del hombre, encanallado por la sociedad, es uno de los pilares básicos del complejo de izquierda.

El amor a la violencia, frente a la necesidad del principio evolutivo que la Naturaleza proclama a gritos, es una de las constantes izquierdistas. Por primera vez (dice Simone de Beauvoir, hablando de su visita a la Cuba castrista), fuimos testigos de una felicidad que había sido conquistada por la violencia. Esta felicidad cubana es una visión, indudablemente, muy subjetiva.

La defensa izquierdista ante la igualdad, llega hasta el extravío, cuando la variedad de la vida proclama que está llena de desiguales, necesariamente complementarios; pero el complejo izquierdista desorbita también el feminismo, y sustituye la santidad del amor conyugal familiar por la necesidad de los amores contingentes.

Este complejo de izquierda, me importa reiterar, no es el arquetipo político, aunque le influya.

Por otra parte, no es verdad que se sea de izquierdas, porque se pretendan, por ejemplo, algunos de los siguientes postulados: que la sociedad tenga una representación política, amplia y auténtica; que las libertades naturales de la persona humana estén garantizadas por la ley; que las vocaciones políticas de los hombres tengan una participación posible; que los abusos del capitalismo financiero sean constreñidos; que se procure remediar la sinarquía finanza-poder y el imperio de la plutocracia. Estos dos últimos males enumerados, disminuirían con la vigencia de los primeros supuestos. Personalmente me jacto de estar libre del complejo de izquierda, y no vacilo en llamarme de derecha. Aun a costa de calabozos, deportaciones y sacrificios, he defendido siempre los supuestos políticos que antes he enumerado: Soy amigo del diálogo, tanto, que durante nuestra Guerra de Liberación salté el parapeto de las líneas nacionales para dialogar con un soldado del frente rojo, menos propicio al diálogo que yo, puesto que tuve que llegar casi hasta las alambradas del enemigo para conseguir que cumpliera el pacto concertado de trinchera a trinchera. En fin, que soy abierto, liberal en el sentido clásico, campechano, como se quiera, pero de derechas, aunque no sea más que como proclama esperanzadora, de estar algún día a la derecha del Padre.

* * *

Vamos ahora, brevemente también, a hablar del complejo de la juventud.

Otro de los complejos que condicionan la política del mundo actual es el mito de la juventud. Casualmente, he releído una conferencia mía, editada cuando la pronuncié el año 1939, en los Cursos de Verano para extranjeros de Santander. Tenía yo entonces veintinueve años. Aunque el hecho de ser joven por aquellos tiempos, estaba también supervalorado, afirmé lo siguiente: "El mero hecho fisiológico de no peinar canas, no es ningún mérito ni ningún título de autoridad." Quiero decir con esto que cuando era joven pensaba lo mismo que ahora que lo soy bastante menos. Independientemente de la evidencia apodíctica de estas palabras perogrullescas, en aquellos momentos ser joven, como ha ocurrido en muchas ocasiones, en distintos tiempos y latitudes, era un supuesto especialmente bienquisto de las gentes. Tenía algún sentido lógico valorar, en el año 39, a una juventud que había combatido a la República, con sacrificio y riesgo; y después, en el campo de batalla, había luchado por unos ideales patrióticos y religiosos, derramando su sangre, mucha de ella, y otros ofreciendo su vida por causa tan alta. Me pareció, sin embargo, una afirmación absurda, la que estampó Ramiro Ledesma Ramos en sus escritos: "No podrán ejercer puestos de mando político, los hombres mayores de cuarenta y cinco años."

Había acertado parte de la juventud española en el camino a seguir, se había rebelado contra unas ideas políticas que habían llevado a España a la ruina, pero importa señalar que juntamente con los jóvenes, hombres maduros y algunos rayando en la senectud, habían denunciado primero, o al mismo tiempo, los males patrios, y sus causas.

Antes de seguir adelante quiero recordar lo que está en la mente de todos, y completamente al margen del tema. Alejandro Magno a los treinta años conquistó la mitad del mundo entonces conocido; Napoleón, aproximadamente a la misma edad, era ya dueño de Francia y a los treinta y cinco sería su Emperador. Bajando escalones de la fama, encontramos al pequeño Pitt, jefe del gobierno inglés a los veintiocho años. Ya en nuestros días, si no jefes del gobierno, encontramos ministros jóvenes. Mi antecesor en nuestra Academia, lo fue a los treinta y un años; Calvo Sotelo y nuestro Presidente, poco después. Durante el mandato de Franco, Gamero y Girón, antes de cumplir los treinta años. Pero no hace al caso el hecho de que hombres jóvenes ocupen altos cargos en la política o en otras actividades de la vida. Lo que importa se-

ñar es este hecho nuevo de considerar a la juventud como un mito, de reconocerla un valor “per se”, como generación.

Hay generaciones que reciben dócilmente la autoridad del pasado. En ellas, los jóvenes se sienten subordinados a las enseñanzas de sus mayores; son las épocas que Ortega y Gasset llama “cumulativas”. Cuando siguiendo esta definición de Ortega se vive una época eliminatoria y polémica, como la actual, es importante señalar que el hecho se debe, principalmente, a una claudicación de la rectoría de la generación precedente. La quiebra familiar es la principal responsable del caos en que se debate la juventud en el momento presente. En la familia aprendemos que el ser social y el deber social coinciden. La familia nos enseña a suscribir sin reservas lo que es el alma misma de toda sociedad humana organizada, la jerarquía definida por los servicios que presta. Dice bien Marcel de Corte: “el verdadero Jefe es aquel que da sin recibir nada a cambio, situación natural paterna, cuya contradicción es una de las causas fundamentales del caos del mundo actual. Al abdicar la autoridad paterna, cae por tierra el respeto a todas las autoridades.

Los viejos son los principales responsables de crear el falso mito de la juventud como valor sustantivo. Ellos son los turiferarios responsables de incensar a los jóvenes sin motivo ni causa. Los maduros y los viejos son los culpables de la vitalidad caótica de la juventud actual. Sin embargo, elevar a la categoría de razón la juventud, concediendo a sus deseos e ideas virtudes intrínsecas y consustanciales con los años jóvenes tiene una explicación.

Sentirse seducido por la ideología juvenil, meramente por ser joven, es una consecuencia del falso mito del progreso indefinido. El mañana será superior al hoy y la juventud representa el mañana. Naturalmente es también una consecuencia de la crisis del mundo actual, que deslumbrado por los avances de la técnica ha elevado a fin lo que solamente es medio. Todo ello es consecuencia del divorcio entre técnica y civilización, porque el progreso científico es inhumano cuando su avance no es paralelo al del orden moral. Los jóvenes de veinte años no son los culpables de su desenfreno anárquico; la quiebra está en las generaciones que les preceden, incapaces de servirles de guía, y que incluso les alientan en su desviado camino. Se pinta ante la juventud un paraíso terrenal, la publicidad exorbitada pone a su alcance hipotético toda clase de posibilidades, de conquistas, de placeres, de medios para saciar todos sus apetitos y de remediar todas sus necesidades; la credulidad ingenua juvenil pica en el anzuelo y se revuelve, justamente airada, contra una sociedad que le ofrece lo que la realidad no puede

darle. Los jóvenes advierten, sin embargo, que sus mayores disfrutaban algunos de los beneficios cuya consecución ellos ven distante; pero como el pensamiento de sus progenitores no mantiene ya ni valores morales ni espirituales ni la cordura de la moderación evolutiva, la juventud cae en el nihilismo. Más radical que la prisa es la destrucción subitánea. Esta actitud vital de la juventud es la última consecuencia de las premisas falsas del progreso indefinido. Si la novedad es un bien en sí mismo, es lógico que quieran hacer saltar en astillas el andamiaje de la sociedad actual. El excepticismo de las minorías directoras es responsable de la erección en clase social de la juventud.

No deja de ser irónicamente paradójico, cuando tanto se predica la inexistencia de las clases y la urgencia de barrer toda discriminación clasista, reconocer a la juventud categoría de comunidad pensante y actuante, por el mero hecho de una circunstancia cronológica. Agitar la bandera de la juventud, por parte de los mayores, supone pereza intelectual en la búsqueda del remedio a la crisis que aquélla manifiesta. Los adultos han caído de su pedestal, por su escepticismo, en parte, pero también porque el vertiginoso progreso de la técnica les deja muy retrasados en los conocimientos prácticos. Muchas veces, los padres no han estado preparados para evitar la rebelión de sus hijos. El modelo autoritario, a veces desmedido de sus progenitores, cuya actitud se justificaba en la medida en que un mundo estable ofrecía unas condiciones inmutables, queda desfasado ante el bombardeo informativo de las revistas, la televisión y los periódicos. Todas las civilizaciones se han construido por transmisión de valores tradicionales. Lo grave de la actual crisis de la juventud es que entroniza el nihilismo. El incremento demográfico es también una concausa de la rebelión juvenil. Explotar la juventud como mito, como se hace hoy día, es valorarla exclusivamente como fuerza vital. Exaltar la juventud indiscriminadamente, es una actitud de humillación ante la fuerza, la inteligencia ante el vigor físico. No es novedad, repito, el hecho de halagar a la juventud como en otras ocasiones a la muchedumbre, al pueblo masa. La juventud suele tener un halo de simpatía por su ingenuidad y su candor, cosa que ciertamente no ocurre actualmente con los hippies erotizados. El inclinarse ante la juventud con un sentido reverencial, es tan demagógico y absurdo como explotar el nombre del pueblo, inorgánico y amorfo, como argumento contundente. Sustituir una imagen estereotipada por un razonamiento analítico es un medio de propaganda eficazísimo. Los viejos son los culpables de que los jóvenes se afilien a la juventocracia. No es infrecuente leer o escuchar consignas como ésta: "La juventud

no quiere esto o lo otro; por lo tanto, es inviable.” ¿Como si la verdad o la conveniencia social fueran patrimonio de la fecha del nacimiento!

Naturalmente el mito de la juventud ha sido alentado por las conveniencias de los agitadores revolucionarios que pretenden subvertir el orden social. Las fuerzas revolucionarias clásicas o tradicionales están en crisis. El proletariado, los profesionales del intelectualismo izquierdista resultan ineficaces a menudo para el activismo revolucionario. Los marxistas buscan entonces otro mito que sirva de señuelo. La juventud con su simpatía natural es un estandarte magnífico. La juventud de ahora representa en la sociedad actual una masa demográfica, hasta ahora inexistente en volumen.

No será ocioso recordar la ley biológica, según la cual, cuando un grupo social sobrepasa una determinada densidad, los fenómenos de violencia, internos o externos, sobrevienen indefectiblemente. Esta carga explosiva se explota hoy día hábilmente. Es cierto que la sociedad técnica que oprime a todos determina que los mayores quieran evadirse de su intolerable dictadura, que los disciplina y aburre con su cansina mecanización. Imaginan una juventud libre de sus trabas y anárquica en su comportamiento, y se sienten atraídos por ella. Los atuendos multicolores y la caprichosa conducta juvenil atrae, en cierto modo, a los mayores, hartos del tono gris de la vida moderna. Este señuelo de la novedad, contribuye a levantar el pedestal que entre todos se fabrica a la rectoría juvenil.

Se dice a veces que el atuendo, sus canciones, sus gestos desorbitados, clamando por una explosión de libertad, les retrotrae a un cierto movimiento romántico. Pero sus abuelos o bisabuelos románticos embellecían la naturaleza, ensalzaban un cierto sentido del honor y cantaban al amor. Los románticos de hoy carecen de amor porque el erotismo y el sexualismo se lo ha cegado. Antes, la juventud era constructiva e idealista, porque no rompía con el pasado, para conseguir un futuro mejor.

También los adultos son responsables de que una gran parte de la juventud sea drogadicta y tenga el alma vaciada por la pornografía. Las industrias que fabrican los trajes, editan los libros y revistas, no están, ciertamente, en manos de la juventud, sino de la generación precedente, en parte mercantilizada y ayuna de escrúpulos. Resumiendo, la juventud, como mito, ha reemplazado en gran parte el mito de la voluntad popular; lejos de dirigirla y educarla, se la halaga, para explotarla mejor. Como antes se hacía con la masa, ahora se hace con la juventud. Pero la juventud es la esperanza y su cualidad más relevante es la sim-

patía. Con su conducta corre el riesgo de hacerse antipática, lo que constituiría una tragedia irreparable, porque, fatalmente, los jóvenes son los depositarios de la fe en el futuro. Reprochamos a la juventud de hoy su desprecio de los valores espirituales y su entrega a todos los groseros materialismos. Mayor reproche y pecado tienen los predecesores. Entre las generaciones existe un puente; cuando el puente se rompe, la sociedad va a la deriva. Los valores morales y espirituales que hicieron la historia de la humanidad deben transmitirse de generación en generación.

Naturalmente que todo lo que estoy diciendo en manera alguna significa que la juventud no importa, y que es innecesario contar con ella, porque la juventud tiene más imaginación, tiene más vitalidad y es indispensable su concurso; pero a condición de que sea una juventud inteligente, estudiosa y buena.

El complejo de las palabras “socialismo” y “democracia”

El político de los tiempos que vivimos se mueve con escepticismo. Los principios naturales de la sociedad, la creencia en unos valores tradicionales, creadores de la civilización y, a su vez, su sostén y su impulso, están en entredicho. En cambio, han venido a sustituirlos unos enunciados que condicionan la conducta y la propaganda política de los tiempos presentes. Estos principios que señorean el ámbito político son la democracia y el socialismo. Ni uno ni otro conservan intactos su concepto definitorio de teoría política, ni la acepción normal que la historia venía reconociéndoles. Bien sé que democracia ha tenido, antes de ahora, acepciones distintas de su significación política. Hablando de Palacio Valdés, decía, hace más de treinta años Pérez de Ayala: “Era sobremana acogedor, fraternal e igualitario, digamos democrático, con los escritores neófitos y novicios.”

Frecuente ha sido emplear la palabra “demócrata” como adjetivo equivalente a campechano, denominando demócrata al señor de carácter sencillo y acogedor. Extremando este sentido de la democracia, hay textos donde se lee que alguien tiene gustos muy populares, porque le apetece la tortilla con patatas o los churros. Tengo recortado un artículo donde se dice “la democrática tortilla de patatas”. No es ocasión de hacer una disquisición gastronómica, pero sí es oportuno señalar que el “gourmet” disfruta por igual con unos huevos fritos, si están a punto, que con un “foie-gras” al vino de Oporto, pongamos por caso.

La Academia Española recoge, entre las acepciones de la palabra “democracia” la política, o sea, el sistema de gobierno en que el pueblo ejerce la soberanía y otra, muy peregrina, pero indudablemente muy generalizada, según la cual “democracia” es una tendencia a mejorar la condición del pueblo.

En el mundo cristiano no es imaginable la existencia de un gobierno cuya finalidad no sea perseguir el bien común; por eso se me antoja irrelevante esta significación académica. Otra cosa es considerar gobierno democrático al que ama y respeta al pueblo y, además, le hace partícipe del gobierno, reconociéndole representación política. A esto se refiere, sin duda, Menéndez y Pelayo, cuando en el famoso brindis del Retiro dice que brinda “por la antigua y tradicional Monarquía española, cristiana en su esencia y democrática en la forma”. Pero me parece fuera de toda duda dejar sentado que el concepto de democracia que prevalece, sobre todos, es el político: el sistema de gobierno del pueblo por el pueblo, en el que el origen del poder es el sufragio universal. Porque cuando el origen del poder es de democracia indirecta, se llama “democracia orgánica”, sistema que, por cierto, no he visto, hasta ahora, en vigor, en ningún país del mundo.

Instaurada auténticamente en España, poco después de la victoria del Movimiento Nacional, hubiese sido acogida con alborozo y creo que habría arraigado. Ese nuevo orden institucional representaba el pensamiento político del 18 de julio y los republicanos desengañados, pienso que se habrían sumado a un sistema de gobierno, con representación auténtica, de origen popular y participación popular directa en municipios y provincias, amén del sufragio familiar, con un ejecutivo insumiso al legislativo y con un gobierno nombrado por un Rey asistido de un Consejo Real.

Pero en política el ucronismo conduce a la inviabilidad. Creo que hoy día es indispensable abrir otros cauces a la representación mas amplios. Este tema lo desarrollé cuando leí mi discurso de ingreso en la Academia, como recordarán, quizá, alguno de los señores Académicos.

Como hoy día la estructura social no es orgánica y lejos de vivificar los cuerpos naturales intermedios, se ha acentuado la debilidad de los Municipios, y el Estado ha asumido cada vez más poderes, y son mayores sus intromisiones en la vida social, es indispensable recurrir a otros cuerpos intermedios artificiales. Llámense asociaciones o partidos, porque es evidente que los hombres se agrupan, no sólo teniendo en cuenta sus intereses profesionales, sino también buscan el

entendimiento con aquellos que sienten y enjuician un problema político de manera acorde.

Un juicio sereno hará resplandecer el hecho de que los partidos, lejos de aumentar la irresponsabilidad y fuerza revolucionaria de la democracia, la refrenan, contienen y encauzan. La ortodoxia democrática supone designación directa del gobernante, por eso los cuerpos intermedios, sean los naturales, o los que llamo artificiales, como los partidos la desnaturalizan y, consiguientemente, refrenan su excesos.

Pero volvemos a la discusión de la palabra "democracia". Kennedy la definió como equivalente de información, al decir "gobierno democrático es aquel que mantiene informado de la política a la opinión pública". Muy singular es la definición que dio de democracia el Presidente Díez Ordás, de Méjico, cuando dijo que democracia significa economía del pueblo y para el pueblo. Democracia popular se llama, a sí misma, la dictadura comunista rusa. Frecuente es oír o leer que la bondad política está en una "sana democracia". No he recogido, hasta ahora, texto alguno que me explique satisfactoriamente en qué consiste esa democracia tan saludable. Hablando de la Argentina, un comentarista político decía que la demagogía peronista impedía el desenvolvimiento de una *sana* democracia. Discurriendo lógicamente sobre teoría política, liberalismo y democracia son complementarios; ésta es consecuencia lógica de aquélla. Sin embargo, también ambas palabras corren suertes distintas. La palabra "liberal", sí tiene antiguo y clásico sentido independiente del político, aparte de denotar amor a las libertades naturales del hombre y a su dignidad, también implica carácter generoso y abierto. El liberalismo filosófico tiene indudables matices. El liberalismo absoluto, merecerá que Sardá y Salvany diga de él que es pecado. Es el liberalismo de Pilatos cuando se pregunta "quid es veritas". Pero hay otros liberalismos, diría yo, más modestos, que imponen respeto a las opiniones ajenas, manteniendo la firmeza de las propias. Ese liberalismo podría ser el del Doctor Marañón, en unas declaraciones, cuando decía "cada día me siento más liberal y menos demócrata". Pero en oposición a esta simpatía por el vocablo "liberal" y aversión al "demócrata", ya hace algunos años, hoy con mucha frecuencia, veo en boca de personajes del régimen español, o en los periódicos más vinculados con el Gobierno, invectivas muy duras para el liberalismo y, por el contrario, elogios ditirámicos para la democracia. Prefiero personalmente abstenerme de emplear palabra tan equívoca, aunque acepte y concuerde mi sentir con muchas de las acepciones en uso, porque, por antonomasia, democracia significa go-

bierno que se debe al gobierno del número, del pueblo-masa, al sufragio universal que, indefectiblemente, conduce al caos o a la entronización del despotismo socialista. Pero la palabra goza, hoy día, de tanta propaganda, que es palabra talismán, como un talismán mágico, cuyo conjuro es suficiente para que el político sea bienquisto.

Consideremos el último complejo. El del socialismo.

El materialismo envuelve al hombre de la era presente con el ambiente mefítico que le circunda. Su consecuencia política es el socialismo; según el cual toda la historia de la Humanidad no es otra cosa que lo que el hombre crea por el trabajo. De suerte que ni los sabios, ni los Santos, ni los héroes, hacen la historia; solamente el pueblo, el proletariado miserable, encadenado al esfuerzo del trabajo, es la causa eficiente. Liberémosle de su yugo y surgirá un arte nuevo, el arte socialista, y una nueva cultura, cultura comprometida, como se dice ahora. Verdadera cultura. Cultura total. "Humanismo acabado que terminará por reconciliar la acción con el pensamiento y al hombre consigo mismo." Los puntos de vista del humanismo clásico y del humanismo marxista son absolutamente divergentes. Con el socialismo no hay que formar y educar al hombre mirándose en los espejos de los héroes, el magisterio de los sabios y las virtudes de los santos. Lo que el socialismo enseña es a saber escuchar las voces de la masa trabajadora, y el mensaje de las fuerzas colectivas. La tesis marxista es un humanismo de la praxis, no es el humanismo del logos.

Este realismo que hoy día se proclama con primacía sobre las ideologías, que algunos consideran periclitadas, esa subordinación de los valores del espíritu a la materia, son la consecuencia del vasallaje de la sabiduría a la acción, de la cultura a la técnica. Esta primacía de la acción, sin brújula, esta praxis sin verbo, no tiene más nombre que el éxito. La eficacia es la norma permanente, independiente de toda influencia espiritual. No hace falta pensar, porque son las cosas las que dirigen la actividad humana. Este realismo a ultranza es el antihumanismo por excelencia. No puedo entrar en disquisiciones sobre socialismo y comunismo, ni me interesa demasiado para el modesto empeño de estos comentarios. Lo que a voz en grito se proclama por muchos es la filosofía materialista del socialismo, que está presente en todo y domina el mundo actual. Se habla de un socialismo a la española, cuyas características, ciertamente, no entiendo cuáles son, ni sus especiales

matices. Pero este mero enunciado, por sí sólo, demuestra que la palabra "socialismo" condiciona al político del mundo actual. Con la incorporación de la palabra "socialismo" se pretende aprovechar el ímpetu de su popularidad. Los programas pueden ser más extensos o menos extensos, y también su intensidad variable, pero las tendencias que se defienden son siempre las mismas; reducir el área de la propiedad privada y ampliar el ámbito del dominio estatal.

El socialismo es, principalmente, enemigo de la propiedad rústica; ello es lógico, porque en la propiedad rústica es donde el sentido de propiedad tiene mayor humanidad; es más familiar y los bienes espirituales que se derivan de la propiedad privada, están enaltecidos por la idea de servicio. El hogar, la casa, el predio, son, por definición, familiares. Ensayar su atribución a la comunidad es destruir su carácter esencial. "La mística", como le gustaba decir a Peguy, "de la idea de herencia, consiste en complacerse en poseer para transmitir, en transformar, en un hacer un bien de ese duro apetito de la propiedad". "Es desarrollar en sí mismo el sentido de la responsabilidad frente al destinatario de esta riqueza, así amasada y administrada, y es, por contrapartida, provocar en el destinatario, si tiene el corazón en su sitio, sentimientos no menos preciosos." De esta suerte la noción de propiedad se ennoblece, se convierte en un depósito. Hace muy poco, posiblemente todavía se proyecte en algún cine de barrio, vi una película francesa, el título castellano me parece que era "Sin palabras", en la que el protagonista, representado por el actor francés Jean Gabin, trabaja y se esfuerza por defender su granja, precisamente porque está imbuido de que es un depósito sagrado, familiar, que tiene que transmitir a sus hijos y nietos.

En la propiedad agrícola, el contrato entre propietario y obrero es directo y humano. La compenetración y la vida se identifican con las vicisitudes de la cosecha y de la meteorología. Las familias de los labradores son conocidas y tratadas por los propietarios agrícolas.

Las reformas agrarias son muchas veces ataques decididos contra la propiedad rústica. La ignorancia e inverecundia de los reformadores haría reír a las gentes, si no fuera por el solapado móvil que encierran muchas de las reformas agrarias. En España tenemos abundantes textos que lo demuestran. El capitalismo financiero, en cambio, donde la propiedad se deshumaniza, confraterniza muchas veces con el socialismo. En el capitalismo la idea de función social y de servicio desaparecen. Por eso ha creado, o al menos desarrollado hasta el límite, una forma de propiedad que, en sí misma, no puede tener ninguna función

social, puesto que no comporta ninguna explotación. Como dice Ripert en el capitalismo, "la propiedad es una propiedad-goce sin actuación personal, ni responsabilidad. "Cuanto más se limite la otra, más preferible aparece ésta a los que la disfrutan.

El socialismo aumenta, cada vez más, las empresas estatales, en las que, además de la deshumanización de la riqueza, desaparece también el incentivo de la propiedad privada y la consecuencia es la administración desafortunada de los bienes económicos. La burocracia crea puestos remunerados para los políticos, al mismo tiempo que la intromisión estatal, que la mentalidad socialista favorece, conduce a una sinarquía finanza-poder sumamente perjudicial para la independencia y prestigio del mundo político.

Evidentemente el capitalismo ha impulsado el desarrollo económico, pero sería necesario reformarlo. Ciertamente no es el socialismo el medio adecuado; porque socialismo de Estado y super-capitalismo están hermanos.

La palabra socialismo comprende, vagamente, hoy día, conceptos que le son impropios. Por ejemplo, se entiende por política socialista una especial dedicación a elevar el nivel de vida de los más necesitados. Recuerdo la satisfacción que llenó a muchos escritores resentidos, cuando una mala traducción de las palabras de Juan XXIII, les llevaron a confundir cooperativismo con socialismo, porque la mentalidad socialista desea menos mejorar al pueblo que satisfacer sus rencores sociales y sus resentimientos.

El socialismo se manifiesta como una permanente utopía, cuando pretende una distribución mejor de la riqueza. El falso mito de la abundancia, aliada con la bondad del hombre, lo hallamos también en la utopía de Tomas Moro. Es una constante de todos los tiempos. El mito de la técnica del mundo actual, que resolverá, supuestamente, todas las indigencias, contribuye a hacer de este mito de la mejor distribución de la riqueza, uno de los talismanes que nos darán la felicidad en la tierra.

Los mitos del mundo moderno llenan el vacío creado por la carencia de creencias religiosas. El hombre necesita creer algo que mantenga su ilusión y su esperanza. Al complejo de izquierda, al complejo democracia, al mito del socialismo y de la juventud podríamos añadir otros: el complejo revolucionario; el complejo progresista y otros más. Todos ellos condicionan al político actual, porque son populares y se ha hecho de ellos una propaganda efficacísima y se les ha erigido en canon político. Darle excesiva importancia a las palabras y echarlas por delante con énfasis, sin tomarse la molestia de explicarse su concepto concretó

es pereza intelectual y ausencia de conocimiento. Se presume de moderno dando énfasis a la palabra; para ahorrarse el trabajo de explicar lo bueno que pueda encontrarse en los tiempos modernos, ocultando la hojarasca podrida que pueda llevar consigo.

Admirable empeño, es perseguir que la representación popular sea extensa y auténtica; que las libertades estén garantizadas; que esté informada la opinión pública; que la fiscalización de los actos del gobierno sea posible, para que la arbitrariedad gubernativa no impere. Ciertamente atendible es la juventud inteligente, estudiosa y trabajadora, cuyo concurso es necesario. La juventud tiene, como he dicho antes, una vitalidad y una imaginación de que carece la senectud.

En resumen considero muy conveniente luchar contra los falsos mitos y al mismo tiempo librar a los hombres políticos de estos complejos que les ahogan, subyugan la voluntad y en cierto modo, enturbian la visión.